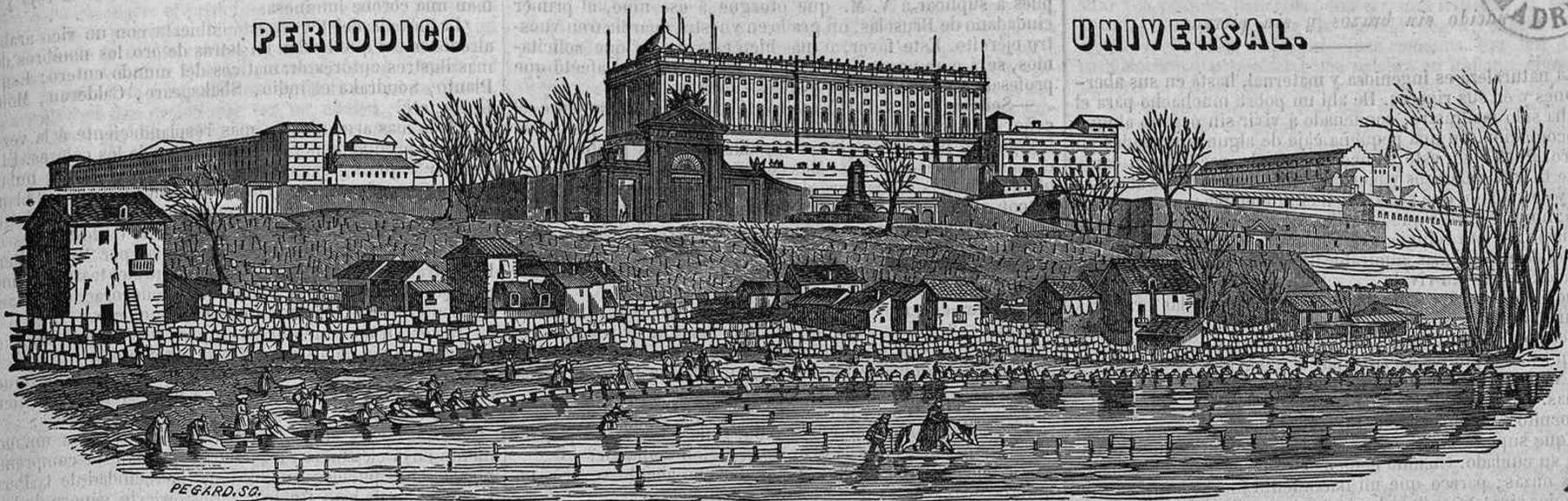


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



PEGARD, SO.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 202.—SÁBADO 8 DE ENERO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA DE TEATROS.

Aunque hemos entrado en año nuevo, todavía tenemos que ocuparnos de los trabajos teatrales de los últimos días de diciembre, ó lo que es lo mismo, de las funciones de noche buena. Después de cumplir con este deber, diremos algo sobre el aspecto que presentan los teatros al comenzar el año de 1853.

Dos comedias de Bayard, dos zarzuelas originales y dos de nuestros mejores sainetes, se representaron en el coliseo del PRÍNCIPE la noche de Navidad. La primera de las comedias se titula, *La rueca y el cañamazo*: tiene algunas escenas bastante cómicas, pero son muy delicadas, y es indispensable que la representación de esta clase de comedias se confie siempre á los primeros actores. No sucedió así, y esto fué causa de que no produjese todo el buen efecto que podía haber producido. La segunda comedia se titula: *El rábano por las hojas*. Es de un enredo sumamente ingenioso, y estuvo admirablemente representada por las señoras Palma, Ramos, Córdoba y García, y por los señores Romea, Guzman y Oltra. Esta comedia ha obtenido muchos aplausos, y ha dado al teatro del PRÍNCIPE muy buenas entradas. Las dos zarzuelas tituladas la una *Los dos Venturas*, y la otra *Salvador y Salvadora*, pasaron como pasa todo en tales días.

En el teatro de VARIADADES se representó una comedia titulada *El peluquero de S. A.*, original de los señores Fernandez Guerra, Tamayo y Cañete, que cumplió con su misión como comedia de Navidad, entreteniendo agradablemente al público y proporcionando á la empresa entradas muy agradables. Estuvo muy bien representada por las señoras Lamadrid, Molist y Rodriguez, y por los señores Arjona, Osorio y del Rio.

En el Circo se representó otra segunda edicion del disparatado del año pasado. El de este año se titula *Don Ruperto Culebrin*. Los autores se propusieron que el público no se durmiera con diálogos pesados, sino que estuviese siempre en suspenso, no teniendo tiempo ni aun para pensar si lo que veía era malo ó bueno. Y así sucedió: todos los personajes que acompañan al *Don Ruperto* entran y salen, y vuelven á salir



Carlos Grandemange.

y á entrar, y traen entre sí tal baraunda, que el público se rie y pasa un par de horas con la boca abierta, ó cerrada, segun la calidad del espectador.

Gracias á Dios que está puesta la mesa es un juguete cómico con su poquito de música que tambien divierte.

En el Instituto se representaron dos comedias originales: dos piezas originales, y dos bailes originales tambien, de Ruiz: allí fué todo original.

La primera originalidad se titulaba *El cuello de la camisa*, comedia en tres actos escrita en verso, en la cual hay algunas escenas cómicas, sus chistes correspondientes, y la esplicacion final é indispensable para que el público comprenda por qué aquello que está viendo se titula *El cuello de la camisa*.

La camisa sin cuello es una pieccecita en que pasan cosas muy vistas; pero necesitándose tambien al final esplicar lo del cuello, arrancan á un pobre hombre el *cuello de la camisa*, y ya está justificado el titulo.

La consola y el espejo es otra de las originalidades: el protagonista es la consola, colocada con su espejo delante de una puerta secreta, que se abre con frecuencia para dar entrada á un jovencillo andaluz y á un caballere que dice que es oficial de infanteria: el uno entra furtivamente á caza de la criada, y el segundo á caza de la señorita. Se oponen mil obstáculos para que puedan entrar y salir con libertad; pero por fin de fiesta se arregla todo, y se casa cada cual con su cada cual.

¡Pollos! ¡Pollos! es una pieccecita en que los pollos hacen naturalmente el gasto. Son tres pollos, y para que lo parezcan mas exactamente, estan representados por tres actrices, entre las cuales gustó mucho la señora Baldó.

Esto es todo lo que ha ocurrido de notable en nuestros teatros.

Concluyeron las funciones de Navidad; pasaron las fiestas de Reyes, y ahora empiezan los trabajos.

Pasemos revista á los teatros que tienen condiciones de

vida, y digamos algo sobre el aspecto que presentan en el año que ha comenzado.

El PRÍNCIPE ha tenido muy buenas entradas: ha cubierto todas sus atenciones, y tiene bastante papel en cartera para el resto de la temporada.

Entre el papel que tiene en cartera hay un drama del señor D. Tomás Rodriguez Rubí, y se pondrá probablemente á beneficio del señor Romea. Se titula *El Fénix de los ingenios*: otra produccion de la señora Avellaneda, titulada *Baltasar: Carlos IX*, drama del señor D. José María Diaz: *Las familias*, traduccion en verso del señor Asquerino: *Ricardo III*, traduccion del señor Romero Ortiz: *Rioja*, drama original del señor Ayala; y la última comedia de Mellesville, titulada *Sullivan*, que deberá representarse dentro de breves dias, y sobre la cual se entabla una competencia entre los teatros del PRÍNCIPE y VARIADADES, porque los dos la anuncian.

El coliseo de la calle de la Magdalena sigue tambien favorecido del público, y entre las obras que tiene preparadas se encuéntran *Sullivan*, *La pastora de los Alpes* y *Los celos de un alma noble*, que se pone en escena esta noche, y de la cual nos ocuparemos en nuestra próxima revista.

Del papel de Sullivan está encargado en el PRÍNCIPE el señor Romea y en VARIADADES el señor Arjona. El papel de Sullivan es el de un gallardo mancebo, es todo un papel de galan, y sentimos mucho que el señor Arjona arriesgue su reputacion en una contienda en la cual no está en su terreno.

Esperamos sin embargo y fallaremos imparcialmente á su debido tiempo.

El Circo cuenta con un respetable repertorio de zarzuelas. Se espera con interés la representacion del *Dominó azul*, música del señor Arrieta. Este jóven compositor ha adquirido ya una brillante reputacion, y es de creer que la música de esta zarzuela sea una cosa notable.

El teatro del Instituto ha pasado á mejor vida: se disolvió la compañía, pero algunos creen que volverá á organizarse.

Concluyó sus trabajos la compañía francesa, y el coliseo de la Cruz ha vuelto á quedar desalquilado. Parece que el casero trata de dar las llaves á una compañía ambulante, de esas que trabajan en veinte puntos distintos cada año.

¡Dios nos libre de semejante epidemia!



El suicidio de un bailarín.



El suicidio de un bailarín.

CARLOS GRANDEMANGE,

MATEMÁTICO MENTAL

nacido sin brazos y sin piernas.

La naturaleza es ingeniosa y maternal, hasta en sus aberraciones y en sus rigores. Hé ahí un pobre muchacho para el cual ha sido madrastra, condenado á vivir sin órgano alguno de locomoción, en una pequeña caja de algunas pulgadas en cuadro. Pues bien, este tronco humano ha recibido en cambio de la falta de brazos y piernas, una facultad tal de abstracción y de cálculo, que sería difícil citar ejemplo más extraordinario; no parece sino que todas las fuerzas vitales, privadas de expansión, se han refugiado en su cabeza y reducido, obrando en él el desarrollo más admirable de una facultad matemática, verdaderamente sin rival.

Dejémosle contar á él mismo en pocas líneas las primeras circunstancias de su vida, y aquellas en las cuales ha crecido la vocación precoz á que debe facultades tan sorprendentes. Hé aquí unos apuntes escritos por él mismo.

«Nací el 10 de junio de 1835 en Espinal, sin brazos ni piernas. Por orden de los médicos me tuvieron durante quince días oculto á las miradas de mi madre; habiéndose preparado para que supiera la desgracia que tenía conmigo, me confiaron á su cuidado. Cuando comenzó á fajarme, solo pesaba algunas onzas; parece que mi nacimiento fué acompañado de presagios siniestros; llegado al mundo mutilado de tal manera, ¿qué esperanza podía haber de mi porvenir? Desciendo de una familia de obreros laboriosos y honrados, pero pobres; mi padre, de oficio carpintero, apenas podía ganar para cubrir todas las necesidades de cuatro hijos, aunque mi madre le ayudase por su parte trabajando. A fuerza de cuidados y de cariño, consiguieron que llegase á una edad en que en medio de la constante inmovilidad en que vivo, tuve alguna intuición vaga del talento especial con que me ha dotado la Providencia en cambio de las privaciones que experimento.

«Mr. Pelicut, cirujano de mi pueblo, y Mr. Haso, cirujano mayor del regimiento de caballería de guarnición en Espinal, que habían asistido á mi nacimiento y recibido mi pobre y diminuto ser, cuyo peso era entonces de dos libras y media, tuvieron á bien no olvidar el camino del humilde techo que me cubría; vinieron á verme con alguna frecuencia, y testigos de las primeras y raras disposiciones que mostraba ya para el cálculo mental, me hacían primero preguntas sencillas, y más difíciles luego sobre números y aritmética, y después sobre algunas dificultades próximas ya al dominio de las matemáticas. De este modo y sin lección alguna, llegué á resolver casi instantáneamente los pequeños enigmas de cálculo que me proponían; no tardé mucho en abordar también y con igual éxito otros problemas de geometría, de la cual poseía bastante bien mi padre las bases, por medio de la práctica.

«Aconsejado por algunos médicos y personas instruidas que me habían visitado, fuí á presentarme en algunos establecimientos de educación de mi departamento y de los inmediatos: el éxito que obtuve en todos ellos me animó y me decidió, después de haber perdido á mi padre, á trasladarme á París, metrópoli y centro de la ciencia; allí tuve el honor de comparecer ante una comisión delegada de la Academia de Ciencias, para examinar mis facultades intelectuales: estimulado por ella y por muchas personas instruidas, me presenté en diferentes sesiones para tratar de matemáticas mentales; en ellas tuve la suerte de resolver casi todos los problemas que me presentaron, instantáneamente y sin el auxilio de ningún signo.»

Hasta aquí los apuntes de Grandemange; el periódico de donde los tomamos, añade que ha visto proponerle los problemas más difíciles y de solución más embrollada, resolviéndolos todos con una rapidez que podría calificarse de eléctrica, pronunciando con solo el intervalo de una corta pausa la solución de una cuestión matemática que hubiera exigido media hora de cálculo sobre el papel. Muchos problemas de que ni Mondean, ni Vito Manfiancle, los dos jóvenes matemáticos verdaderos prodigios que habían precedido á Grandemange pudieron triunfar, han sido resueltos por él instantáneamente, con una precisión que pasma al auditorio y al mismo que propone la cuestión. Es un espectáculo verdaderamente digno de admiración y de interés, el de una inteligencia tan espontánea y tan extraordinaria, en una criatura humana tan desgraciada y tan débil.

El retrato que damos está copiado de un daguerreotipo, y hemos tenido el gusto de ver un escrito del joven calculador, rápidamente trazado con una pluma ordinaria sujeta al muñón, que hace en él las veces de brazo derecho.

Recuerdos íntimos de tiempo del imperio.

EL PALACIO DE LACKEN EN HOLANDA

Y EL MANNEKEN-PISSE DE BRUSELAS.

(Conclusion.)

Napoleon entró en el salón, y el chambelan introdujo á los graves diputados de Bruselas.

—¿Qué me queréis, señores, ? les preguntó el emperador, examinando con afecto á aquellas francas fisonomías flamencas.

Los notables se miraron unos á otros con indecible ansiedad, hasta que un abogado se adelantó con respeto hacia Napoleon, y le dijo:

—Señor, nuestra petición parecerá sin duda pueril á V. M.; pero sabeis mucho mejor que nosotros la deferencia que se debe á lo que constituye el símbolo de un pueblo.

—Esplicaos con brevedad, repuso Napoleon, que no simpatizaba con los disertadores y que temía las arengas inútiles.

—Señor, replicó el flamenco, hé aquí de lo que se trata. Los mas grandes monarcas, los mas esclarecidos capitanes se han dignado, de dos siglos á esta parte, conceder á nuestro manneken-pisse, que es el héroe por excelencia de nuestra ciudad,

honores y dignidades.—Aquí el abogado enumeró los nombres de los reyes y grandes capitanes que habían recompensado los servicios negativos del manneken-pisse.—Venimos pues á suplicar á V. M. que otorgue á ese niño, al primer ciudadano de Bruselas, un grado en vuestra guardia ó en vuestro ejército. Este favor, ó mas bien esta gracia que solicitamos, será para nosotros un nuevo testimonio del afecto que profesais á vuestros leales y fieles súbditos.

—Señores, contestó Napoleon frunciendo ligeramente el ceño, no acostumbro seguir los errores, buenos ó malos, de los que me han precedido en el gobierno de los pueblos ó en el mando de los ejércitos. Mas como me asegurais que mi pueblo de Bruselas se alegrará de ver al manneken-pisse ataviado con el uniforme de mi guardia, me conformo con vuestra petición, y le nombro pifano en el primer regimiento de mis granaderos.

¡Pifano! No era esto lo que deseaban los notables, y así respondió uno de ellos;

—Señor, debemos hacer presente á V. M. que el manneken-pisse era, hace cuarenta años, general austriaco.

—Sin embargo, observó el emperador, puede adelantar en su carrera: muchos generales de mi guardia han empezado así.

—Es cierto, señor, pero con todo...

—Señor, interrumpió el abogado, ¿queréis al menos conceder al manneken-pisse la cruz de la legión de honor?

—Caballero, contestó el emperador con acento severo, no quiero convertir esa decoración en juguete.

—Señor, ya es el manneken-pisse soldado de la guardia de V. M., repuso el abogado con gran serenidad.

—Es verdad, dijo el emperador, pero tiene todavía pocos años.

—Hace mas de ochenta que viste el uniforme francés. Se ha empavesado siempre que V. M. ha conseguido una victoria, y cuando vuestras falanges destrozaban á los enemigos de la patria, él ofrecía á nuestros guerreros agua saludable para que lavasen sus heridas y para refrescar las coronas de laurel de nuestras banderas.

Napoleon no pudo ya contenerse, se echó á reír, y mirando fijamente al abogado, le dijo:

—Habeis defendido con valentía y talento la causa de vuestro manneken-pisse. ¿Cuál es vuestra profesion?

—Letrado, señor.

—Ya me lo figuré.

—Sin embargo, señor, antes de dedicarme al foro, he pagado mi deuda á la patria, y he servido desde 1794 hasta 1806, como oficial de artillería en el ejército francés.

—Muy bien, caballero, y estoy seguro de que habeis sido tan buen oficial como hoy sois distinguido orador. Concedo al manneken-pisse una pensión de dos mil francos. ¿Estais contentos, señores?

La diputación se inclinó respetuosamente, y con el placer pintado en los semblantes de sus individuos, se despidió del emperador.

Al día siguiente ostentaba el uniforme de los granaderos de la guardia imperial. Rodeábale una multitud inmensa: toda la ciudad se hallaba allí reunida, y veíanse haciendo los honores al lábaro dos docenas de verdaderos granaderos, que se reían al contemplar á su nuevo camarada.

La emoción de aquel júbilo nacional llegó hasta el palacio de Lacken. Napoleon quiso presenciar la alegría popular, y pasó á Bruselas de noche y de incógnito: entró en la ciudad por la puerta de Anderlacht, y estuvo mas de una hora contemplando, sin ser conocido, las manifestaciones del pueblo.

Cinco años después, la conspiración de los reyes contra el trono imperial descargó sobre el manneken-pisse un golpe tremendo; perdió su pensión, hipotecada en Milan; pero Luis XVIII le envió la flor de lis, con despacho de caballero, revestido de todas las formalidades necesarias.

Un teatro de estilo árabe en Tiflis (Georgia).

Por primera vez desde la creación del mundo han visto los georgianos edificarse un teatro en medio de su capital.

Este teatro, el único tal vez que ha sido construido y decorado en su interior por el estilo arabesco, es sin contradicción uno de los mas elegantes y mas espléndidos que se pueden idear en este género.

La forma general de la sala es un hemicíclo que contiene, además de la platea, dos filas de palcos y un anfiteatro, terminando el todo en una inmensa arcada ogival.

En frente de la escena y sobre la puerta de entrada se eleva el palco imperial. Este palco se destaca en medio de otros cuatro simétricamente colocados, dos á cada lado, y todos ellos á la misma altura que los principales, y tanto estos como los bajos, que son del estilo oriental mas puro, causan un sorprendente efecto. El conjunto forma un elegante pabellon de dos pisos que domina todo el fondo del teatro. En el piso principal ogivas, en el bajo, gradas con intersticios llenos de cristalizaciones, forman las arcadas de los palcos. El todo está coronado por una serie de almenas puntiagudas y doradas, de cuyo centro surge la graciosa cúpula persa que corona el palco imperial.

Ogivas de remates dorados, arabescos de gran variedad y esquisito gusto, cubren las paredes de los palcos.

La riqueza y profusión de las esculturas que cubren las bóvedas de los palcos de proscenio; la gracia de las líneas que marcan la intersección de las bóvedas con las paredes del escenario; el brillo y feliz combinación de los colores que resaltan en las columnatas, así como el interior de los palcos, hacen una de esas fantásticas creaciones de las Mil y una noches, que dejan entrever los poetas árabes en sus sueños dorados. Es como la resurrección de uno de los mas deliciosos motivos de la Alhambra brillando con oro y azul.

Todo alrededor y delante de los palcos bajos resalta una serie de arcos sostenidos por pequeñas columnas. En cada uno de estos nichos se ve un vaso de plata de forma oriental, destacándose sobre un fondo dorado. Esta superposición de los dos brillantes metales (con permiso de la heráldica) produce muy buen efecto. De cada uno de los vasos sale una flor con su color natural.

Una verja de hierro de dibujos árabes (blanco y oro) corre alrededor del anfiteatro. Ligeras y caprichosas lámparas colocadas en columnas doradas siguen la curva de la reja y forman una corona luminosa.

La bóveda del teatro está cubierta con un rico arabesco alrededor del que brillan en letras de oro los nombres de los mas ilustres autores dramáticos del mundo entero: Esquilo, Plauto, Soudraka el indio, Shakspeare, Calderon, Molière, Goëte, etc.

Nada mas armonioso y mas resplandeciente á la vez que el efecto producido por la combinación de los colores. El azul con un toque ligeramente verde, de esa deliciosa nubecilla llamada *caruleum*, es el color dominante: el oro, el blanco y la plata le estan subordinados en proporciones llenas de gusto.

Una encantadora decoración (la sala de los leones de la Alhambra), ejecutada con rara habilidad por Mr. de Herbes, habia transformado, el día de la apertura del teatro, la misma escena en un rico salon arabesco. Esta decoración, en armonía con el teatro, produjo un brillante efecto.

Hacer un monumento que no sea una imperfecta é insignificante copia de los de la Europa occidental.

Herir la imaginación oriental con una soberbia muestra de esa arquitectura rica, elegante y caprichosa que tiene el don de encantar á los pueblos de aquellas comarcas.

Despertar el gusto, el amor por lo bello con un monumento cuya elegancia y esplendor puedan ser comprendidas por aquellos pueblos, pueblos que la vecindad de la Persia y Bizancio los habían iniciado antes en este género de belleza arquitectónica, así como lo manifiestan algunos palacios, innumerables mezquitas y muchas iglesias cuyo noble y gracioso aspecto asombra al viajero maravillado.

En una palabra, haber producido á través de mil obstáculos una obra única en su género, digna de ser admirada é imitada por el Occidente, y capaz de resucitar el arte en Asia, tal es el doble servicio que ha prestado el príncipe Gregorio Gagarino.

Los estudios profundos y variados hechos en estos últimos años por este príncipe, le pondrán un día en el caso de hacer al arte un servicio mucho mas eminente todavía, iniciando al mundo artístico en la confianza de un descubrimiento tan notable al menos como el del diámetro medio de Ziegler para la arquitectura griega.

ESTUDIO DE ROSA BONHEUR.

El triángulo que forma el jardín de Luxemburgo está encerrado entre la calle del Infierno por una parte, y la del Oeste por otra; la primera se llama así, como recuerdo de los diablos que en el siglo XIII se alojaron en esta parte, en un castillo edificado por el rey Roberto. Estaba abandonado y ellos tenían allí camorras infernales; pero los cartujos de Gentilly se encargaron de desalojar á tan bulliciosos inquilinos. San Luis les dió el castillo, y los buenos padres se acomodaron en él perfectamente. Desde entonces no han vuelto á parecer los diablos, pero se conserva el nombre y aun el ruido de la calle; solo que este último es ahora producido por el tránsito de coches y ómnibus. La calle situada al otro lado del jardín contrasta por su silencio con el bullicio de la primera. La llaman la calle del Oeste, como si en este extremo de la población no hubiera que entenderse mas que con el cielo. Esta calle desemboca en el boulevard del Monte Parnaso. Allí se encuentra uno fuera del mundo real, del mundo de los negocios. Es una especie de Tebaida habitada por solitarios del estudio. En aquella parte donde solo se encuentra por un lado la larga tapia del jardín de Luxemburgo es donde presenta un aspecto mas pronunciado desde Ziato. Allí, como si la soledad no fuera completa, ha venido á establecerse una colonia de artistas, MM. Heim, Oudinet, Signol, Thuillier, Mademoiselle Rosa Bonheur, y un poco mas allá, Mathieu Meusnier é Ibon, y se hallan en una hondonada misteriosa, llamada pasaje Vaviu, que consiste en una doble fila de casas de aspecto grave y pacífico, que se miran silenciosamente á través de la sombra de una calle de tilos. Si avanzando en este pasaje hasta una casa á la derecha á que dan luz grandes ventanas, entráis en el portal y llamais á una puerta pintada de amarillo que está de frente, el silencio universal de este retiro podrá ser súbitamente interrumpido por una mezcla confusa de voces ovejunas gritando *beee*, sostenido por un *bé* articulado con una voz mas grave. Son los modelos de Rosa Bonheur, que quieren trabar conversacion á través de la puerta.

¡Rosa Bonheur (*Felicidad*)! es el nombre mas encantador que he oido. Es el nombre de un cuento oriental; y solo las hadas pudieron idearle. No hay duda que debieron haberse reunido alrededor de su cuna para darla tan bonito nombre. Pero contemos la historia de la joven artista, que es bien sencilla; solo se encuentra en ella trabajo, el fondo comun de la vida.

Rosa Bonheur nació en Burdeos en 1822, vino muy niña á París, y perdió su madre cuando solo tenia diez años. No tenía gran afición á los libros, pero en cambio aprovechaba todas las hojas blancas que encontraba en ellos para dibujar conejos y pájaros, sus cuadernos estaban llenos de caprichos; y tan pronto se veían corderillos saltando por encima de las reglas de los participios, como caballos dando coces al pretérito perfecto; se consolaba así de sus sufrimientos gramaticales. Estas disposiciones instintivas para el dibujo no pasaron desapercibidas para su padre, que procuró cultivarlas. Era este pintor de paisajes y hombre de imaginación; pero habiéndose casado muy joven y contraído después segundas nupcias, y teniendo muchos hijos, no había tenido tiempo suficiente para perfeccionar su talento, abortó en la educación de sus hijos. Rosa se aprovechó de las lecciones de su maestro; no tuvo otro que su padre y la naturaleza, á la que consultó siempre que pudo. Desde muy joven salía temprano por la mañana de su casa con la caja de pinturas bajo el brazo, y volvía por la noche, después de haber recorrido las cercanías de París y pasado un día de trabajo y de rústica contemplación. Otras veces con un pedazo de tierra y sin mas indicaciones que las de su talento, se entretenía en modelar relieves de animales, con lo que hubiera adquirido fama de estatuaría si no hubiera debido ser pintora. Hubiera debido vivir en el campo, porque París no es muy á propósito para tener una

vida pastoril; y aunque se ven muchos bueyes y carneros, es en gígote ó en cuartos, pero rara vez vivos, ó muy de paso y para dibujarlos iba animosamente al matadero. Esta resolución para dibujarla el principio de la clientela, porque la llegó á proporcionar la bandera para la procesion del buey gordo. Aun encargaron la bandera para la procesion del buey gordo. Aun en el día suele ir muchas veces al mercado de caballos, y para penetrar con mas libertad, acostumbra á vestirse de hombre, prestándose á este disfraz la firmeza de sus facciones, y algunas veces han creído que era un chalan. Cuando en y encuentra alguna jaquilla que la agrada, la compra y la instala en su obrador, donde tambien se encuentran cabras y carneros, y no será extraño que se vea allí á un par de bueyes labrando entre cuatro tapias.

Desde la edad de diez y siete años Rosa Bonheur no tenia nada que aprender de su padre, y debió seguir sus propias inspiraciones. Su talento se desarrollaba de día en día, y sus cuadros encontraban compradores. Trató ya de abordar las exposiciones del Louvre, y debutó en 1841 por dos cuadros, *cabras y corderos y dos conejos*. Desde entonces no ha dejado un solo año de enviar cuadros á la Esposicion. En 1845 el célebre pintor de animales, Mr. Bracassat, espuso por la última vez, y dejó su puesto libre al talento menos experimentado, pero mas sencillo de Rosa. El público, que se complacía en las luchas de rivalidad, se engañó en sus esperanzas, porque estos artistas han conservado siempre buenas relaciones. En 1846 comenzó ya á afirmarse la reputacion de Rosa Bonheur. Su cuadro de un *Rebaño caminando*, llamó la atención. Por la primera vez se suscitó á la atmósfera parisiense, en la que habia tenido precision de vivir hasta entonces, y en una excursion que hizo á las montañas de Auvernia, recibió impresiones mas francas y vivas, que se manifiestan en los cuadros espuestos en 1847 y 1848, y sobre todo en el que representa grandes bueyes rojos de la raza del Cantal, que está actualmente en una galería de Inglaterra. Este mismo año hizo conocer su talento para la escultura presentando un toro y un cordero de bronce. En 1849 tuvo ocasion de un nuevo triunfo: el de la *Labranza invernal*, que ahora se halla en el Luxemburgo, puso el sello á su reputacion. Es sumamente sensible que no haya visitado todavía la Suiza. ¡Qué encantadoras y sencillas imágenes tendria á la vista en una hermosa estacion!

En 1849 Rosa perdió á su padre y quedó encargada de una familia consagrada, como ella, enteramente al arte. Su hermano Augusto, que se dedicó á la pintura, presentó por primera vez en 1845 un retrato de un habitante de los Pirineos. Su hermano segundo, Isidoro, promete adquirir buen nombre como escultor de animales. Su hermana Julieta, de veintitres años, pinta flores y la naturaleza muerta, y las sustituye con buen éxito en la direccion de la escuela gratuita de dibujo de la calle de Dupuytren.

El grabado que damos hace conocer el aspecto singular del estudio de Rosa. Allí, en compañía de una amiga apreciable que la acompaña en sus escursiones, Juan Micas, pintor de naturaleza muerta, pasa sus laboriosas jornadas, siempre ocupadas por la composicion y el estudio. Un ancho lienzo sobre el que nada hay todavía trazado, ocupa en este momento el estudio. La animosa jóven quiere desenvolver una inmensa composicion, que graciosamente llama, «su risa de Parthenon», y para la que ha hecho estudios notables de caballos. Cuando al lado de esa desmedida tela se ve esta jóven de corta estatura, de apariencia enfermiza, cualquiera creeria que sus fuerzas no están á la altura de su ambicion; pero si se examinan las líneas rectas y firmes de sus facciones, su ancha frente, sus espesos cabellos negros, cortados á manera de los de hombre, se deja de temer. Se comprende que la impulsa un valor reflexivo, y que la anima y la sostiene la conciencia de su fuerza.

EL SUICIDIO DE UN BAILLARIN.

Pablo Luis Courries, en su famosa carta á M. Renonar, relativa á una mancha de tinta de un manuscrito de Florencia, observa que uno de los grandes errores del emperador era el creerse adorado en Italia. Su policia se lo decia diariamente; hablaba el idioma del país; el glorioso suelo de la Italia habia presenciado sus campañas, que podian compararse á los mas altos hechos de armas de los Anibales y de los Césares, y se le figuraba que á la admiracion forzosa que acompañaba á su nombre, debia unirse algun cariño por parte del pueblo. No sucedia así: los italianos no querian á Napoleon ni á los franceses, así como hoy no quieren á los austriacos ni á los alemanes. Este sentimiento nos parece laudable.

Los romanos no existian en 1808, pues tenian autoridades francesas, tropas francesas, y toda una administracion envidada de París; tampoco carecian de teatros franceses, y aunque la dominacion era llevadera, germinaba un odio secreto en todos los corazones, y se manifestaba, no por actos sino por palabras, por chanzonetas, por sarcasmos y tambien por los epigramas de Pasquin: todos los medios parecian buenos para ridiculizar á aquellos franceses tan engreidos con sus victorias. Algunos años después dió el emperador un rey á los romanos, pero este nuevo presente no hizo enmudecer á la musa implacable de Pasquin.

Vamos á referir un hecho que prueba hasta qué pormenores descendia la sátira de los romanos, y por qué vias se preparaba la opinion pública.

En el mes de enero de 1808 salió por primera vez á la escena de la Academia Imperial de Música Julio Morisseau: era tambien el primer discípulo de baile de M. Gardel, y maestro coreógrafo; artista precioso, que reunia la gracia á la fuerza, y la elasticidad al vigor. En aquella época se dividian dos célebres bailarines el imperio de Terpsicore: Vestris, hijo del dios de las piruetas, y el jóven Duport, cuyo talento igualaba y aun sobrepujaba al del primero: ambos eran temibles rivales.

—Nada temas, decia sin embargo Gardel á su discípulo: tienes veinte años menos que Vestris y seis menos que Duport, al paso que reunes las cualidades de los dos. Cada astro debe brillar á su turno: la juventud es el primer mérito de un bailarín. Animo pues, amigo mio, porque te elevas magnifi-

camente y sabes jugar los brazos con mucha gracia y desventura.

Entusiasmado con estos elogios el jóven Morisseau, debió casi sin miedo; y en prueba de gratitud hácia su maestro, eligió para su estreno *La vuelta de Céfiro*, baile compuesto por M. Gardel. Se vió á Morisseau cubierto con una camiseta ajustada de color de carne, llevando una túnica corta de gasa y dos alas de mariposa, lanzarse desde lo alto de los bastidores, y recorrer el escenario con la ligereza de aquella Camila que pisaba las espigas sin que estas doblasen sus cabezas. Berchous, en su poema del baile, describió sucintamente los pasos ejecutados por Morisseau, calificándolos con justicia de maravillas.

El público, á quien el talento de Duport habia acostumbrado á los milagros de la coreografía, reconoció desde luego el mérito del debutante, y este fué acogido con repetidas salvas de aplausos.

Al día siguiente fué á dar las gracias á su maestro y á informarse de su futura suerte; el debutar en un teatro es lo de menos: lo principal es contratarse. Gardel recibió á su discípulo con frialdad: ya no era el maestro del día anterior, sino un juez severo, un director riguroso, uno de los árbitros soberanos de la suerte de Morisseau. En el teatro hay diplomacia; se calcula todo, se prevé todo, y cada actor sabe positivamente la medida del crédito y del poder de sus camaradas.

Gardel se hallaba interiormente lisonjeado por el éxito de su discípulo; pero aquel éxito habia conmovido á todos los bailarines de la Opera, y el prudente maestro no queria hacerse enemigos.

—Creo que el público ha quedado contento, dijo Morisseau, al observar el rostro glacial del profesor. ¿Y vos, Mr. Gardel?

—No se trata del público, le contestó el maestro, sino de los primeros bailarines de S. M. I., lo cual es muy distinto.

El pobre Morisseau no sabia qué pensar.

—Mr. Vestris opina que os falta correccion, añadió Gardel.

—Es una falta que recae sobre vos, y cuya injusticia debeis reconocer.

—Es cierto, amigo mio, es cierto; pero así opina Mr. Vestris. Mr. Duport cree que sois demasiado alto.

—Tenemos la misma talla.

—Es muy posible, pero, amigo mio, Chevigny, Saulinier, Milliere y Clotilde no quieren bailar con vos.

—¿Y por qué he tenido la desgracia de desagradar á esas señoras? preguntó Morisseau, que se tenia por bastante buen mozo para poder agradar. ¿Es porque les parece que me falta talento?

—No: no tienen tan mal gusto que dejen de apreciar á mi mejor discípulo: á los hombres es á quienes haceis sombra. Poseeis demasiado talento, amigo mio, y por lo mismo debeis renunciar á la esperanza de contrataros en el teatro de la Opera, pues eso no podria arreglarse.

Después de esta confesion poco varonil del maestro, que abandonaba la obra de sus propias manos, quiso aplicar Gardel un bálsamo sobre la herida que acababa de abrir.

—Tengo que proponeros un magnífico ajuste, le dijo.

—Veamos, contestó el desanimado jóven.

—Magnífico, repito: se trata de que baileis á orillas del Tiber.

—¿Qué es eso de Tiber? preguntó Morisseau, que era instruido como un bailarín.

—Cuando digo el Tiber, amigo mio, quiero decir Roma, la antigua capital de las artes, la patria de los antiguos romanos; Roma, conquistada por el emperador, donde se representa la comedia francesa, donde se ejecuta el baile francés, y la misma *Vuelta de Céfiro*, por citar un ejemplo. Podeis ser, mi querido Morisseau, primer bailarín en Roma, en el teatro Argentino. Eso es algo: además, los romanos tienen excelentes cantantes y malos bailarines, pues si Apolo permanece en Italia, Terpsicore se ha refugiado á Francia. Vamos; id á enseñar á la ciudad de los Césares lo que es un coreógrafo... Cuatro mil francos al año y viaje de ida y vuelta abonado.

En aquel tiempo se retribuía mucho menos que hoy á los artistas. El mismo Duport solo tenia seis mil francos en la Opera: Gardel, por lo tanto, ofrecia á su discípulo muy buenos honorarios, y aquel jóven, que carecia de recursos, debia estar satisfecho. Y sin embargo menos nómadás que los nuestros, los artistas de aquella época no concebían que se pudiese hacer fortuna fuera de París, y un bailarín creia que no habia mas céfiro que los del teatro de la Opera. Otro motivo hacia vacilar á Morisseau; estaba enamorado de una jóven, con la cual *piruetaba* hacia ya dos años. Por voluble que sea un céfiro, siempre encuentra alguna rosa que prefiere, y debemos añadir, para que se comprenda bien la tortura de Morisseau, que un bailarín no es un hombre como otro cualquiera: acostumbrado á pensar en las puntas de los pies y en el vigor de sus pantorrillas, sus ideas no pasan de allí; habla poco, raras veces y mal, no toma parte en las discusiones, y no sabe ni defender sus intereses, ni hacer que prevalezca su opinion. Aunque se citan algunos coreógrafos, como hombres de talento, son escepciones, pues en general están sus cabezas, como dice Berchoux, *exentas de pensamientos*. Morisseau no era una escepcion de esta regla; tenia bellísimo carácter, aunque irritable; asustábase una palabra, y se hubiera puesto malo al sentarse á una mesa con otros, á quienes no conociese. Un viaje á pais extranjero, cuyo idioma le era desconocido, le aterrizaría. Gardel conocia perfectamente la república de los bailarines, y trató de desvanecer todas las dificultades que hubiera podido presentarle su discípulo.

—En cuanto á Julia, le dijo, no podeis llevarla en vuestra compañía, porque es la peor bailarina de mi clase, y no concibo cómo un hombre de vuestro talento, ha podido aficionarse á una jóven de disposiciones tan negativas. No merece tampoco que penseis seriamente en ella, pues ya habreis reparado que siempre está á su lado un teniente de dragones de la emperatriz.

—¿Lo creéis así?

—Lo afirmo: además, nada poseeis, amigo mio, y sin algo no se puede vivir. Ahora bien; como no os habeis de contratar en la Opera, si no quereis ir á Roma, ireis á provincia; es decir que de todos modos abandonaréis á Julia, y en vez de ganar cuatro mil francos, solo tendreis mil y doscientos. ¡Vaya un cálculo, Morisseau!

Estas razones triunfaron, y la traicion de la señorita Julia decidió al bailarín, quien firmó la contrata é hizo sus pre-

parativos de viaje. Empeñólo por fin, llegó á Roma, y sin pensar en el coliseo ni en la columna de Trajano, corrió al teatro Argentino, y examinó su tablado: después fué á visitar á la primera bailarina, que era una italiana, la señora Camila, hermosa morena de cabello negro, delicia de los *Monsignori* é ídolo de los príncipes romanos. Era tan difícil para Morisseau pronunciar una palabra en italiano, como á la *signora* producir dos frases seguidas en francés; pero con la coreografía pantomímica, los dos artistas acabaron por entenderse. En el primer ensayo supo nuestro bailarín á qué atenerse, pues la *signora* bailaba con los ojos y con los brazos, pero no con las piernas; en una palabra, era muy inferior á Julia, tan despreciada por Gardel. Morisseau vió algunas representaciones, y se convenció de que el baile estaba á la altura de la primera bailarina. Y sin embargo esta era muy aplaudida.

—Muy bien, decia Morisseau; mi triunfo es seguro; seré en Roma el dios del baile.

Llegó por fin el día en que debia debutar, y sus esperanzas no quedaron burladas, pues produjo todo el efecto que podia inspirar su baile gracioso y correcto; sorprendió, admiró á los espectadores. Verdad es que habia en el teatro muchos franceses, pero los mismos romanos le aplaudieron con entusiasmo.

Nada tenia esto de particular, porque Morisseau les ofrecia la primera muestra del arte coreográfico. Esto no obstante, disminuyó la afluencia de espectadores, á medida que él repetia las representaciones: los aplausos fueron menos vivos. Por otra parte, los compañeros de Morisseau tenian sobre él una ventaja: aunque malos bailarines, eran excelentes pantomímicos, y desempeñaban admirablemente los papeles de arlequines y de polichinelas; la misma *signora* Camila entusiasmaba en la parte de Colombina. Los bailarines italianos espresaban con viveza todas las pasiones cómicas, y Morisseau, por el contrario, solo era hábil de piernas, y daba á entender sus celos por medio de piruetas. A fin de olvidar á Julia, se propuso enamorar á la *signora* Camila.

En París triunfó de él un teniente de dragones, y en Roma un abate rico y de bastante buena familia para aspirar al cardenalato. Cuando se supieron en el teatro sus proyectos, el Arlequin de la compañía le llamó aparte para decirle:

—Caro Céfiro, ¿con que amais á nuestra Camila?

—Como un loco, contestó Morisseau.

—Per Bacco; sábed que il abate di Santa-Cruce le hace tambien la corte.

—Poco me importa, con tal que Camila me prefiera á él.

—Caro Céfiro, cuidado con el *baucone* en la fonda, y con los bravi por la noche, á la salida del teatro.

Morisseau desde aquel día corria los *marconi* temblando, y solo salia del teatro armado con un par de pistolas: ya no se atrevia á mirar á la *signora* Camila, y en el baile de la *Vuelta de Céfiro* ejecutaba temblando sus difíciles y delicados pasos. Cuando il abate di Santa-Cruce, que frecuentaba mucho los bastidores del teatro, se acercaba á él, se estremecía de horror, como el aldeano á quien persigue una serpiente. Quiso tambien la casualidad que cuando Morisseau recibió aquel aviso, tan fatal para su tranquilidad, se le antojase á la *signora* Camila prendarse de él: se enfrió pues con el abate para seguir los pasos de Céfiro, que huía á todo escape impulsado por el miedo. Arlequin volvió á la carga.

—Caro, le dijo, la *signora* es vengativa, y parece que la desprecias; las italianas no sufren con paciencia esas cosas... Il boucone, signor Zephiro, il boucone...

—¡Oh! Yo no la desprecio, pues por el contrario me gusta infinito; pero el abate, señor Arlequin...

—Ya no me acordaba; en efecto, es situacion comprometida.

Otro percance se mezclaba á los disgustos de Morisseau. Bailaba dos noches por semana, y siempre que algun paso ó salto ligero le conducia cerca de los espectadores, oia entre ellos un murmullo de risas bastante desagradable.

—¡Bravo, Calzetti! ¡Bravo, bravísimo! ¡Eso es! ¡Eso mismo!

Morisseau nada comprendia, y era evidente que las risas y los bravos no se dirigian á él; pero este nombre *Calzetti* le perseguia á todas partes, sin que pudiese acertar con su significacion. Si le preguntaba al señor Arlequin, le volvia estas las espaldas, y la *signora* Camila le miraba con asombro.

—¡Calzetti! decia ella. ¡Calzetti! No lo entiendo.

Triste, desanimado, herido en su amor propio, Morisseau se alejaba cuanto podia del teatro y sus compañeros. Recorria las calles de Roma, y las bellezas de la gran ciudad le parecian inferiores á las decoraciones de la Opera de París. Su maestro Gardel le habia hablado del Tiber; fué á ver el Tiber, y sus amarillentas ondas nada dijeron á su imaginacion. Como los hijos de Jerusalem en Babilonia, se sentaba á orillas del rio, y lloraba. Cierta dia se paseaba en el *Corso*, paseo habitual de todos los *Monsignori*: el primer personaje que vió fué el abate de Santa-Cruce con traje color de violeta y guantes blancos: dió una vuelta para huir de su terrible enemigo, y se halló delante del palacio de Fiano. A sus piés se abria una especie de cueva de mala apariencia, de la cual salia una cabeza italiana.

—Entrate, signori, entrate, gritaba aquel hombre con toda la fuerza de sus pulmones.

(Continuará.)

PEREGRINACIONES,

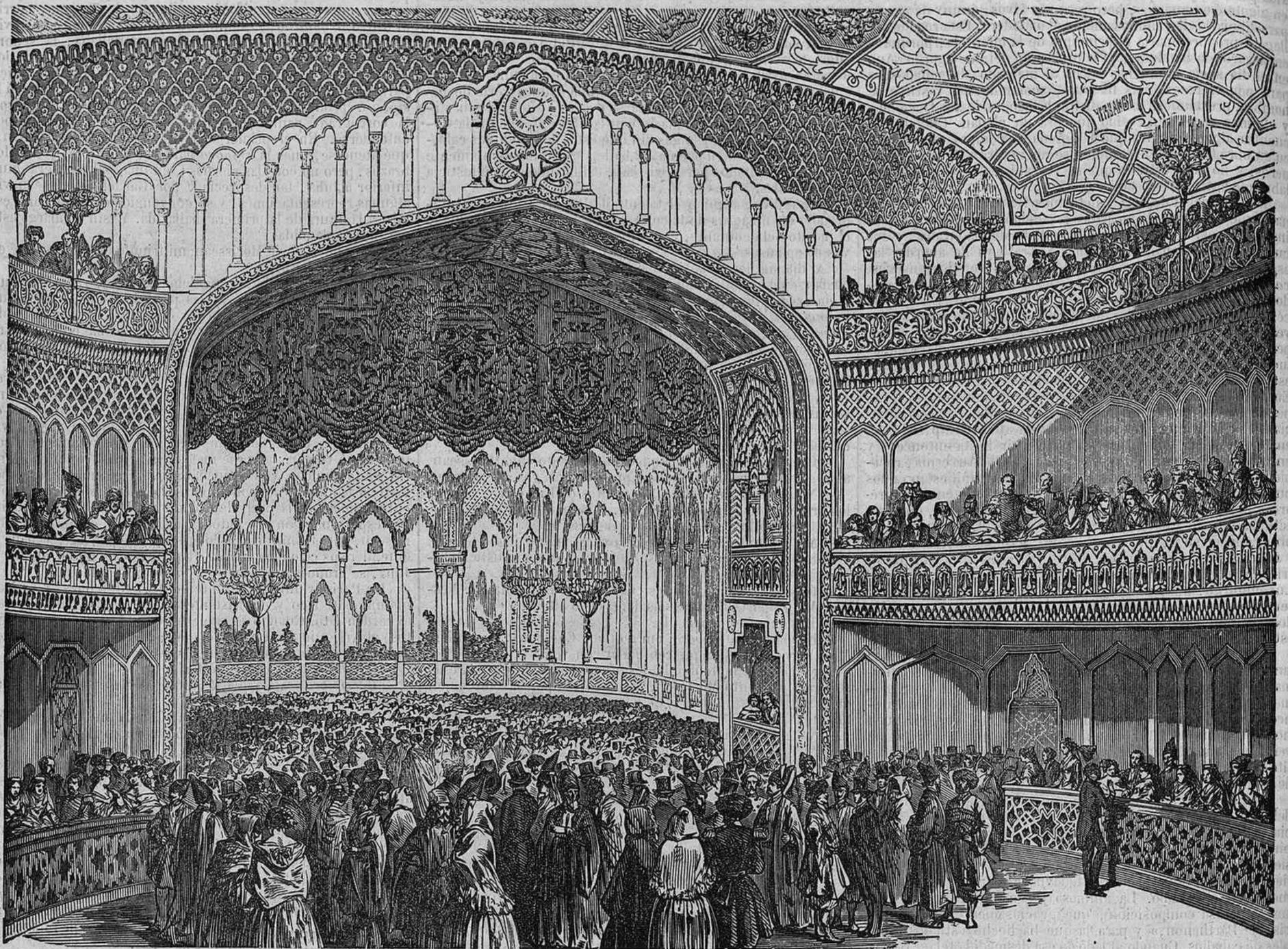
ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

CAPITULO III.

Carnage entra fraudulentamente en el 42 de linea. —Un cambio de frente. —Carnage toma la palabra.

Durante las ocho etapas, á los ocho dias de marcha que separan á Poitiers de París, habia manifestado Carnage tan buenas disposiciones y tanta travesura, que cuando llegaron los reclutas á su destino se habian aficionado en extremo á sus gracias, y les hubiera sido muy penoso perderle de vista. Esto, sin embargo, podia suceder fácilmente, porque ¿sabian ellos si querrian admitir al perrillo en el cuartel? No figuraba en nin-



Teatro construido en Tiflis (Georgia).

guna de las listas de compañía, y tal vez los oficiales se negarian á admitirlo, aun cuando sentase plaza voluntariamente. Esto era lo que temian los reclutas, quienes se detuvieron á las puertas de Poitiers para comunicarse sus inquietudes respecto á Carnage, y para tomar un partido en tan difíciles circunstancias.

—Alto, dijo uno de los que iban á la cabeza; ya hemos llegado, ahí teneis á Poitiers, y dentro de una hora estaremos incorporados al cuerpo. ¿Qué hemos de hacer de Carnage?

—Lo primero de todo destetarle, contestó otro.

—Eso no será muy difícil, porque ayer comió sopas conmigo, y el bribon se lamia perfectamente los bigotes. Esto quiere decir que no será enemigo del potaje del gobierno: además, ya no se aficiona tanto al viberon.

—Ya lo creo, añadió otro; como que Falembert se ha apoderado del utensilio, y lo chupa desde la mañana hasta la noche.

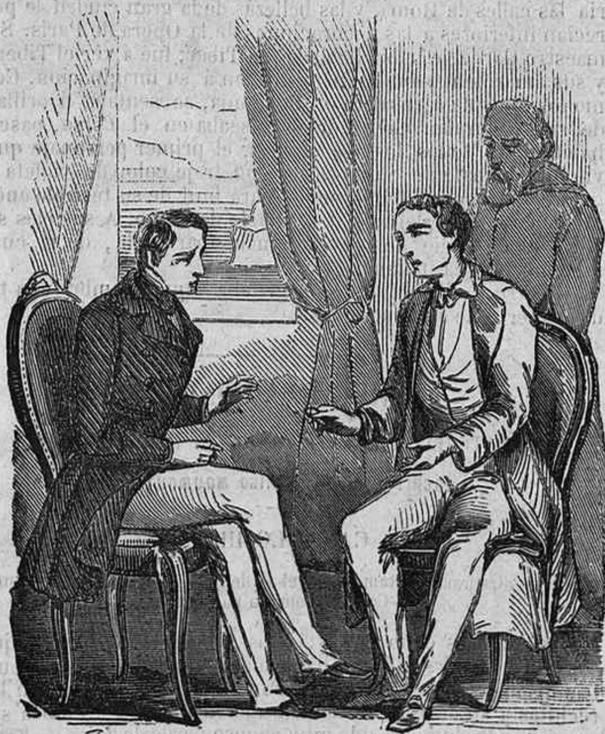
—Bueno, repuso el primero; estamos conformes en cuanto

á que es preciso destetar á Carnage; pero ¿podrá permanecer con nosotros? Ignoro si en el 42 de línea entran los perros mamonos.

—Es que no debemos consultar sobre este asunto al 42 de línea, sino meter el perrillo en una mochila y hacerle entrar en el cuartel como objeto de contrabando. Una vez introducido, allá veremos.

—Eso, eso, gritaron todos en coro.

Siguiose aquel parecer, y al punto se puso en ejecucion.



E. loco de San Sérvolo.



Aventuras de Carnage.



El loco de San Sérvolo.



Jenny Lind.

Carnage fué colocado, no en una mochila precisamente, porque se hubiera ahogado, sino en un saco, al cual se dejó una pequeña abertura para la respiracion: Juan se lo echó al hombro, é hizo su entrada en el cuartel sin el menor inconveniente.

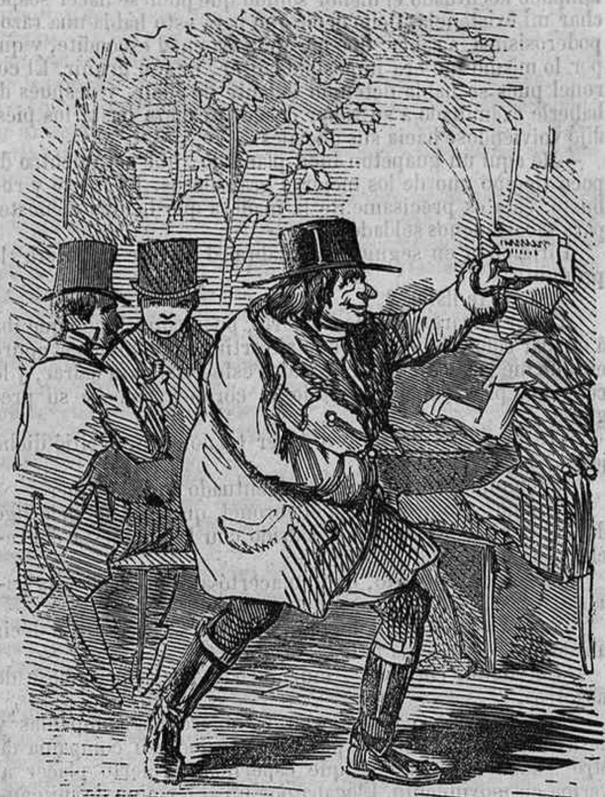
Hé aquí de qué modo dió Carnage su primer paso en la carrera militar: ya pertenece al Estado, y desde este instante empieza su vida aventurera. Tambien desde este momento quiero dejarle hablar: me ladró tantas veces su historia, que tengo todavía presentes en la memoria las frases de que se servia, y prefiero por lo mismo que él la refiera ahora, á fin de que conozcáis mejor al que fué mi amigo por tan corto espacio de tiempo. ¡Ah! Si desde un principio no he concedido la palabra á Carnage, consiste en que los recuerdos de sus primeros dias se hallaban tan confusos en su entendimiento (los adquirió de su madre, á la que volvió á ver, como él mismo os lo ladrará), que tuve que sonsacárselos uno á uno á fuerza de preguntas. Pero desde su entrada en el regimiento conservaba con tanta precision todos los pormenores de su vida, que los relataba con un encanto inimitable, del cual no pretendo privar á mis queridísimos lectores. Carnage tenia entonces cerca de tres meses, que es la edad de la razon en los perros; por lo tanto, nada tiene de particular que se acordase perfectamente de todos los percances de su juventud.

El mismo pues va á narraros la continuacion de su vida, y este cambio en la forma de mi relato pareceme que bien merece capítulo aparte.

CAPITULO IV.

Revista de inspeccion.—Me adopta la tercera del segundo.—Me agrego á la cantina.—El ejercicio.

Los reclutas acababan de entrar triunfalmente en el patio del cuartel, y yo me encontraba muy mal en el saco, del cual no debia salir tan pronto como deseaba. A los pocos minutos mandaron que los reclutas se pusiesen en hilera y les pasaron revista. Un caballero que inspiraba á los demás un respeto profundo, sin duda por el abultado vientre que tenia (era el coronel), examinó muy despacio á los recién llegados, y se detuvo particularmente delante del que me conducia, es de



Jenny Lind.



Taller de Mademoiselle Rosa Bonheur.

oir, delante del hijo de la frutera, entre cuyo comercio habia yo nacido. Hasta entonces no me habia movido en el saco, ni tampoco acentuado el menor sonido que pudiese hacer sospechar mi existencia. Debo decir que para esto habia una razon poderosísima, á saber: que me ahogaba en el escondite, y que por lo mismo me era imposible ladrar, ni aun gruñir. El coronel pues se habia detenido delante de Juan, y después de haberle examinado á su sabor desde la cabeza hasta los piés, dijo volviéndose hácia sus oficiales.

—Hé aquí un guapeton bien plantado, que será dentro de poco tiempo uno de los mejores granaderos. Es fuerte y robusto: esta es precisamente la madera que hemos menester para sacar buenos soldados.

Dirigiendo en seguida la palabra al hijo de la frutera, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Yo me encargué de contestarle, pues conociendo que iba á quedar sofocado y queriendo advertir á mis amigos el apuro en que me veía, hice desesperados esfuerzos para ladrar, y lo conseguí precisamente cuando el coronel acababa su pregunta.

—Te he dicho que quiero saber tu nombre, repitió dicho jefe.

—Mi segundo ladrado fué mas acentuado que el primero.

—¿Cómo? ¿Como? repuso el coronel, que tenia el oído algo duro y habia equivocado mi ladrado con la respuesta del recluta: no he entendido bien.

Juan se turbó tanto, que no acertó á pronunciar una palabra.

—Se llama Juan Friguet, mi coronel, se apresuró á decir un sargento que tenia la lista.

—Corriente, corriente, murmuró el jefe separándose de nosotros.

Los reclutas se repartieron en diferentes compañías y desfilaron. Mi amo subió por una escalera en compañía de otro soldado, y confieso que espermenté cierto placer al verme en movimiento. Llegaba por fin al término de mi cautiverio, y me reanimaba la esperanza, ya que no la respiración: no bien entró Juan en una gran cuadra, cuando puso el codo en el suelo, y sacándome de sus profundidades por el cuello me volvió á la sociedad.

—¿Un perro! exclamaron los soldados. ¿Cómo ha venido hasta aquí?

—Mi amo callaba, pues tenia sus razones para ello.

—Es carlin y no es feo, dijo un inteligente; pero ¿á quién pertenece y cómo ha entrado en el cuartel?

—Ea, ea, observó un cabo; que lo haya traído el diablo ú otro individuo cualquiera de su regimiento, el hecho es que el animalito está ya entre nosotros, y entre nosotros se quedará. Será el perro de la tercera del segundo. ¿No os parece bien, muchachos?

—Sí, sí; adoptado, adoptado.

—Pues bien, carlin, adelantate á recibir la orden, para que te adopte en nombre de la compañía, añadió el cabo, agarrándome por la mitad del cuerpo. Sepamos primero cómo te llamas, prosiguió colocándose enfrente de él: debes tener un nombre, y así contesta á la llamada.

—Voy á decirlo todo, contestó mi amo de pronto, y supuesto que le habéis admitido con tanta amabilidad, sabed que lo he traído yo y que se llama Carnage.

—¿Carnage! Precioso nombre, repuso el cabo. Recluta, has faltado á la ordenanza y pudieras enviarte arrestado á la sala de corrección por haber introducido perros en la cuadra de la compañía: tengo ese derecho, porque soy tu cabo... pero también soy magnánimo, porque los galones no berran los grandes sentimientos. Te perdono; y tú, Carnage, quedas desde hoy adoptado por la tercera compañía del segundo batallón, á la cual tienes ya el alto honor de pertenecer.

En seguida me tiró suavemente de la oreja, diciendo:

—La fortuna se declara en tu favor, bribonzuelo, pues has caído en la mejor compañía de todo el ejército francés.

Me dejó al fin el cabo con gran contento mio. Ya tenia asegurada mi suerte, pues me habia adoptado la tercera del segundo: podía ir y venir, correr y pasearme, sin que nadie se metiese conmigo. ¿Qué vida iba á darme!

Los tres meses que siguieron á mi adopción por la tercera del segundo fueron los mas felices de mi juventud; no salía del cuartel, en el cual tenia donde recrearme á mis anchuras. Habia otros perros en el regimiento, pero se mantenian á cierta distancia de mi persona y no se familiarizaban conmigo. Mas tarde conocí el motivo.

Debo hablar aquí de una amistad que contraí en el regimiento, amistad que me proporcionó bellísimos ratos y magníficos bocados. Cierto día que me distraía en los largos corredores del cuartel, llegó á mis narices un esquisito olor de cocina, que me llenó la boca de agua. Siguiendo las inspiraciones de aquel delicioso perfume, salí del corredor, y me encontré delante de una puerta, sobre la cual habia un rótulo, que oí leer á un soldado. El rótulo contenía estas palabras:

Aquí comen los señores sargentos.

Lamiame yo el hocico de gusto, y discurría en mis adentros un medio de penetrar en aquel recinto, que esparcía un olor tan agradable, cuando salió de él una niña y me vió.

—¿Ay, que perrito tan lindo, mamá! exclamó al punto. Ven á verme, ven.

Para mostrarme reconocido á su cumplimiento, y por supuesto esperando introducirme en el comedor de los señores sargentos, empecé á lamer á la niña con el mayor cariño posible. Ella me devolvió mis caricias, abrazándome y besándome repetidas veces, hasta que notando que su madre no acudía, me tomó en brazos y me introdujo en la cantina, donde la madre, después de haberme recibido con muestras de alegría, me dió algunos huesos, que roí placenteramente. Desde entonces no pasaba día sin que yo visitase á la niña, y aun me quedaba con ella dias enteros. Me encontraba verdaderamente mimado por ella, pues siempre me tenia en sus rodillas, aunque algunas veces cesaban sus caricias y me pegaba, lo cual me causaba grande estrañeza y no podía explicarlo. Si yo habia cometido alguna falta ¿por qué no me la indicaba para que me corrigiese? Aquellas correcciones entre halagos y caricias me parecían sumamente estrañas. Y con todo, las comprendí mas tarde, cuando la experiencia me en-

señó otras muchas cosas, que al principio ignoraba. Sucedia muchas veces que yo me hacia efectivamente digno de reprensión: al pronto no se notaban mis faltas y yo las olvidaba con el buen trato; pero cuando aquellas llegaban á ser notorias, se convertían los mimos en golpes, y yo no comprendía ya por qué se me castigaba. ¡Ah! Si me hubieran hecho conocer mis delitos, indudablemente me hubiera corregido.

Los hombres hacen generalmente muy poco caso de la educación de los animales, pero en elogio de los soldados de la tercera compañía, debo decir que trabajaron en mi enseñanza con celo é inteligencia, y que progresé mucho con ellos.

Enseñáronme todo cuanto puede llamarse la parte florida ó de agrado en la sociedad, y creo que no tengo necesidad de añadir que mi educación fué completamente militar, y que lo primero que aprendí fué el ejercicio y la carga en doce tiempos. Los soldados me ponian una gorra de cuartel, y haciéndome sentar sobre el cuarto trasero me colocaban perfectamente iguales las patas delanteras á lo largo del cuerpo, que es la primera posición del recluta. — ¡Cabeza á la derecha!... ¡Cabeza á la izquierda! — Ejecutaba yo estos movimientos con una precisión que hubiera hecho avergonzarse á muchos quintos. También me ponian en la pata izquierda un palo, que figuraba el fusil, y entonces llovian sobre mí las voces de mando. — ¡Al hombro... au!... ¡Presenten... au!... ¡Al brazo... au! — No abrigo la fatua vanidad de asegurar que ejecutaba al pié de la letra todos estos movimientos, pero conservaba una inmovilidad completa, y nunca me cansaba de estar en dos patas. Creo que sin notoria injusticia no se podia exigir mas de mí. Poseia sobre todo un talento que elogiaban muchísimo mis profesores: conocia bastante bien el alfabeto, pues me ponian sobre la nariz un pedazo de pan diciéndome, por ejemplo, que no lo comiese hasta llegar á la P: un soldado empezaba á nombrar todas las letras por su orden, y podia estar seguro de que en la P daría yo un salto y engulliría el premio. Jamás me equivocaba, y eso que nunca me señalaban la misma letra. Aquel era el *quis vel qui*; el puente de los asnos, que yo atravesaba siempre impávido y seguro del triunfo.

(Continuará.)

JENNY LIND EN VIENA.

Gratz 23 de noviembre.

Es asunto decidido, una resolución definitivamente tomada. Habéis jurado no comunicarme la menor noticia de Francia, si me empeño en no hablaros de esta odiosa Austria, donde hace diez meses me tienen sepultado mis negocios industriales. Pues bien, amigo mio; aunque siento ceder á vuestras terribles amenazas, persuadido de que me saldrá mas caro oponerme á ellas, me rindo á discreción, y os suplico humildemente que me recibais en vuestra gracia. Escribidme pues cuatro palabras acerca de nuestro París, y en cambio os enviaré un tomo de observaciones sobre el santo imperio romano. Hé aquí de antemano algunas líneas respecto á un asunto, que sin duda os interesará, si desde mi salida de esa no habeis abandonado vuestra ferviente curiosidad de artista. Quiero asociaros á la emocion mas encantadora que he espermentado en Austria; quiero haceros conocer una maravilla, que rodean con su admiración los alemanes y que apenas conocen nuestros compatriotas: hablo de Jenny Lind.

Hallábame en Gratz, como sabéis, entregado completamente á mis hallazgos mineralógicos, cuando una gran noticia resonó de pronto en la capital de la Stiria y sacó de su letárgico sueño á esta ciudad medio petrificada. Al volver de un paseo que me proporcionó visitar el magnífico parque de Eyghemberg, encontré toda la ciudad animada por un movimiento extraordinario. En las calles, en las plazas y hasta en el interior de las casas, tan tranquilas por lo regular, se observaba una agitación inexplicable. Me estrechaban las manos, me abrazaban, me saludaban con una precipitación febril, de lo cual deduje que los habitantes de Gratz emigraban en masa y que iba á quedarme en una ciudad desierta. Cansados de su vida monótona, se disponian tal vez aquellos dignos ciudadanos á colonizar algun rincón perdido de la libre América. — ¿Adónde correis así? preguntaba á los mas apresurados ó á los que me parecían jefes de la tribu errante. ¿Habeis elegido á Tejas ó al Oregon por nueva patria? — Mirábanme sorprendidos encogiéndose de hombros y sin dirigirme ni aun una contestación irónica: tan ridicula parecia á todos mi pregunta. Afortunadamente recordé las señas de la casa de un magistrado paralítico á quien habia tenido que consultar sobre cierto asunto.

Debia el tal permanecer todavía llamándose ciudadano de Gratz, supuesto que los paralíticos no pueden sustraerse fácilmente á las leyes de un gobierno paternal. Fuí pues á ver al consejero Sturk, quien me recibió diciendo: — ¡Cómo! ¿No estais ya en Viena, señor francés? ¡Ah! si tuviera yo mis piernas de veinte años! — Y como no veía en mí la menor prueba de que hubiese entendido su interpelación, me señaló en su mesa un número del *Beobachter*, periódico de la capital de Austria. En el centro de la primera página de aquel periódico ino ensivo se veía el siguiente anuncio, redactado en enfático estilo:

«La célebre JENNY LIND, la primera *donna* de Europa, va á dar tres representaciones en el teatro *d' an der Wien*. De todos los puntos del imperio acuden á oír, y este empeño, este entusiasmo universal no puede sorprender á nadie, porque JENNY LIND es un *genio*. *Dann Jenny Lind ist in genid.*»

Y como los genios son tan raros, sobre todo en Austria, me dejé arrastrar al momento por la corriente general. ¿Qué aventura iba con mezclarme entre aquella multitud de curiosos? Cuando mas, una decepción y algunos centenares de florines. Mi bolsa estaba repleta, y en mi cabeza fermentaban las ilusiones, como en cerebro de estudiante, de modo que sin arriuinarme podia hacer cómodamente aquel viaje de ida y vuelta. Olvidando por consiguiente á los mineros, reunidos en las profundas galerías de Voitsberg, partí para Viena, ó para Viena, como dicen los alemanes.

Llovía la gente en el camino de hierro, y familias enteras habian tomado por asalto los wagones. ¿Qué hacer? No tenia parientes que me hubiesen reservado un asiento, y en vano buscaba por todas partes, con la boca abierta, un asilo impo-

sible de descubrir; ya el vapor huía silbando de su largo tubo para perderse en las nubes, y el interminable convoy se estremecía sobre los rails con horribles chirridos metálicos, cuando desde un coche, cuya portezuela estaba abierta, llegaron hasta mi oído estas consoladoras palabras: «Venid, niño perdido: la familia Marbach os adopta, y se os tratará como al hijo mimado de la casa.»

Reconoció la voz de una hermosa francesa del Havre, que no sé por qué triste casualidad fué á casarse á Styria con mein herr Marbach, honrado mercader de pieles, que vivía en la calle de los Nobles de Gratz, y cuya muestra era el *Raposo azul*. De esta union singular, tan inverosímil á mis ojos, como lo sería una alianza entre la Francia y el Austria, nació hace trece años, en medio de los raposos mas ó menos azules, de las cibelinas y de las martas del almacén Marbach, una herminia sumamente graciosa, que se llamó Julita. Esta iba en un rincón del wagon, al lado del enorme peletero, que abrumado por su triple capote de peso de cuatro arrobas, ofrecía el amable aspecto de un oso blanco, emigrado del país de las nieves. La señora Morbach iba sola en el asiento de preferencia; Julita se puso á palmoear al verme, pues me queria mucho, segun decia, porque era del país de su madre: esta se inclinó con gracia para ayudarme á subir al carruaje. El marido, obedeciendo á un gesto suyo, retiró los piés de la banqueta, y ya iba á sentarme al lado de mi bella compatriota, cuando resonó la señal de partir. Un sacudimiento imprevisto me arrojó sobre el señor Morbach, quien lanzó un gruñido ridículo, pues nuestras dos cabezas se habian encontrado con violencia. Escuseme lo mejor que pude, en tanto que el austriaco se rascaba la frente, y mientras Julita y su madre se reían á carcajadas. La señora Morbach ofreció una venda á su marido, pero este la rehusó de mal humor; yo la acepté, porque mi frente habia padecido mas que la de aquel bárbaro: se rió no obstante de mi aspecto mitológico, y entonces hicimos las paces, de modo que encantado el buen hombre de mi semejanza con el dios vendado, se hizo desde aquel día mi mejor amigo.

Aunque mercader de pieles era erudito el señor Morbach, y me abrumó con observaciones sobre las antigüedades griega y latina, hasta que penetrando de improviso en el mundo moderno, dijo mil despropósitos hablando de Kant, de Fichte y de Shelling. La señora de Morbach se hizo la muda, y Julita se quedó dormida. Para librarme de los desatinos de mi nuevo amigo, le hablé de Jenny Lind, objeto de nuestro viaje á Viena. Aquel verdugo encontró el medio de prolongar mi suplicio, refiriéndome que M. Lind, padre de Jenny, era un hábil filólogo: habian estudiado juntos en la universidad de Jena ó en la de Weimar, y ya el sueco se ocupaba en escribir una obra en dos tomos, cuyo asunto era un verso indecifrabable de Plauto, y en el cual las palabras púmicas se mezclaban con espresiones romanas.

A su vuelta á Suecia, el jóven Lind habia hecho alarde de su talento en la interpretación de textos problemáticos. Pero ya que su pretendido talento fuese en realidad tan problemático como los mismos textos, cuyos misterios sondeaba, ó bien que la fortuna no le favoreciese, ó la Providencia le castigase, el brillante filólogo no pudo alcanzar en su país una posición satisfactoria. Cansado de esperar, se casó pobremente con una muger honrada, bastante instruida para enseñar á algunas jóvenes. Parece que M. Lind ayudaba á su padre en los ejercicios de la educación elemental: el filólogo pues se redujo al papel de magister. Jenny vino al mundo, y colmó su nacimiento de placer á toda la familia; M. Lind pensó tal vez en guiar á su hija por los ásperos senderos de la filología, pero no bien salió del cascaron, cuando empezó á cantar como un jilguero. M. Lind se desesperó y compuso *ab irato* dos tomos de comentarios sobre una sátira de Persia, y los dedicó respetuosamente á S. M. Carlos Juan, quien aceptó la dedicatoria y desprecia la *córa*.

Hubo mas: el señor Morbach empezó á echar postes contra la grosera ignorancia de Bernadotte, pero yo no le oía, porque el valle de la Mur desplegaba ante mis ojos sus bellezas pintorescas. Por un lado se estendian estensas praderas, cuyo fresco verdor presentaba todos los reflejos de la esmeralda; en el opuesto se alzaban altas rocas, que semejaban monumentos derruidos por la mano del tiempo. La vista del *Salto de la Doncella*, ilustrado por una magnífica leyenda, y la de Brück, donde se celebró oscuramente el matrimonio del duque de Burdeos, cautivaron mis miradas por las bellezas que encierran, mas que por su importancia histórica.

Se deja el camino de hierro en Mürzzuslag, se vuelve á tomar en Glochwitz y se pasa el Sommering. Dejando á un lado mil descripciones que pudiera estampar, cerraré los ojos y os introduciré sin mas preámbulos en la capital del Austria.

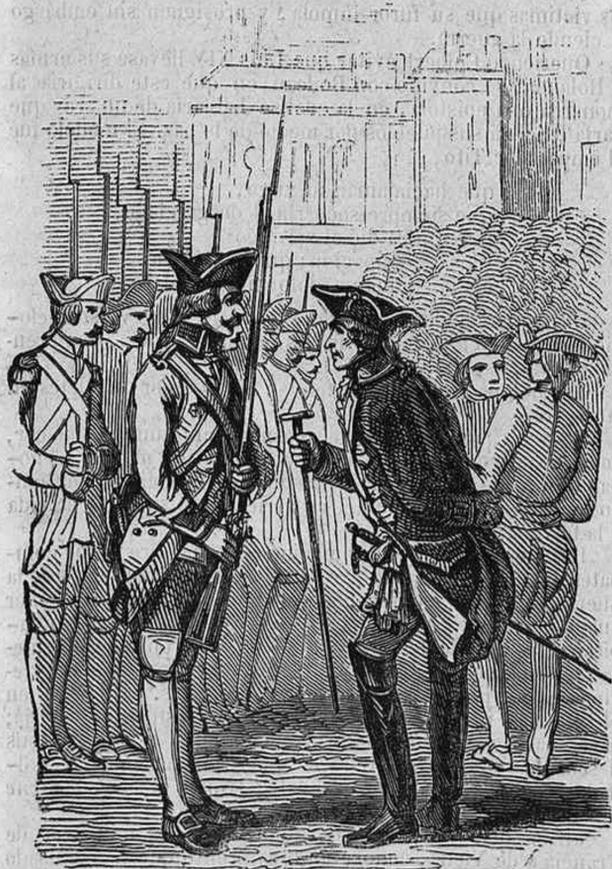
Tampoco escribiré una palabra de Viena, porque no fuí á visitar la ciudad de los archiduques: solo salí de Gratz para oír á Jenny Lind.

Mein herr Marbach tenia parientes en Viena y se instaló en su casa con su esposa é hija. Yo entré en la fonda de *Römische Kaiser* (El emperador romano). El día siguiente era domingo, y como mi amigo el mercader de pieles se habia encargado de tomar billetes para toda la familia (ya se sabe que yo era uno de sus miembros) podia emplear el tiempo á discreción. Tomé un carruaje, al que subió la señora de Marbach con Julita, y dije al cochero que nos llevase al Prater, paseo delicioso que estaba lleno de gente. Un pariente de Marbach, que quiso acompañarnos, desempeñó para nosotros el papel de cicerone, y nos enseñó al emperador, que se paseaba á pié, como cualquier de sus súbditos: el color de su traje era azul claro; seguianle á cierta distancia algunos caballeros, y todos le saludaban, descubriéndose, aunque no le viesan, tan solo porque veían que los demás lo hacían. Después que pasaba el emperador, volvían á sentarse los ciudadanos para comer jamon, beber cerveza y fumar al sol en sus pipas de porcelana. Entre ellos encontramos al señor Marbach, quien se nos reunió al punto para enseñarnos *dos cupones* de la administración del teatro *d' an der Wien*: consistían en un palco para los Marbach y un asiento de *spersitz* (orquesta) para mí. Tomamos los *cupones* y saludamos al mercader, que fué á mezclarse otra vez con algunos compadres amigos suyos.

De pronto se notó gran movimiento entre la multitud. Un *würts*, ligeramente conducido por la grande avenida, pasaba escoltado por muchos caballeros elegantes. Pregunté si era



y es verdad, porque este sentimiento egoista es casi el único móvil de todas las acciones de los héroes. Carlos XII se escedió en él, y Federico se empeñaba en imitarle. Este monarca, tanto en su prosperidad como en sus desgracias, se asemejaba á los personajes de la antigüedad.



Los héroes se copian.

Tambien tenia algo de esto Napoleon, y lo prueban las palabras que salieron de sus labios cuando subió á bordo del *Belerofonte*.

Los aduladores de Federico le comparaban á Marco Aurelio y á Juliano, porque los dos habian manejado la espada y la pluma.

Los héroes afectan muchas veces las maneras corteses. Voltaire decia señalando una mesa de mármol del gabinete de Federico: El rey es como esta mesa, duro y pulido. Estas palabras pueden aplicarse á todos los grandes capitanes.

El príncipe Negro, después de haber vencido al rey Juan, le trata con deferencia, le sirve á la mesa de rodillas, y lo conduce á Londres, donde entra en triunfo, aunque habiendo tenido cuidado de que montase el rey un caballo que lo pudiese en evidencia, al paso que el vencedor cabalgaba en otro muy pequeño. Esta política no dejaba de ser humillante para el rey de Francia.

Eduardo III guardó tambien muchas consideraciones á Carlos VI, á quien habia batido; pero su hijo Enrique V fué mas lejos, pues apellidó *invencible* al mismo Carlos VI á quien usurpaba la corona.

Es sumamente curioso examinar, en las memorias de Torcy, el contraste de la cortesía, de la deferencia, del profundo respeto que aparentaban Marlborough y Eugenio respecto á Luis XIV, con la dureza de las condiciones que impusieron al monarca en desgracia.

Entre gentes que se degüellan sin piedad, ¿puede haber sentimientos humanitarios? Decididamente no. Si los hay después del combate, ¿por qué meten antes de manifestarlos tanto ruido?

Sin duda para burlarse de esa pretendida humanidad, que consiste en vendar suavemente la pierna que se acaba de acuchillar con rabia, escribia Federico la anécdota siguiente:

«Os aseguro que he visto ejercer grandes virtudes en los campos de batalla, y que los hombres no son tan implacables como se cree. Os podria citar mil ejemplos, pero me limitaré á uno solo.

»En la batalla de Rosbac, cierto oficial francés herido pedía á voz en grito que le suministrasen una ayuda. Ahora bien, ¿creeréis que mas de cien personas caritativas se apresuraron á cumplir sus deseos?»

La broma era demasiado pesada, y sobre todo haciendo intervenir en ella el nombre de Rosbac, que recordaba una de las grandes faltas de la monarquía prusiana.

Concluyamos con un rasgo comun á muchos personajes. Viendo huir á los musulmanes un capitan de los primeros Califas, les detuvo gritando: ¿Adónde vais? Por ese lado no estan los enemigos.

Unos atribuyen estas palabras á Cromwel y otros á Villars.

En vista de cuanto acabamos de esponer respecto á semejanzas, y de otros ejemplos que hubiéramos podido añadir, es preciso confesar que los héroes se copian.



Los héroes se copian.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.